

Reconocer lo Político para Democratizar la Educación

Recognize the Political to Democratize Education

Guillermina Belavi
F. Javier Murillo
Raquel Graña Oliver

Universidad Autónoma de Madrid, España

Esta comunicación recupera la distinción que estableció la ciencia política contemporánea entre la política y lo político y plantea las implicancias que tiene reconocer lo político en la democratización de la educación. Según esta distinción, la política involucra acciones e instituciones que sirven al mantenimiento del orden establecido y lo político es el momento siempre originario, conflictivo y contingente de las relaciones humanas. Se sostiene que, para la democratización de la educación, reconocer lo político contribuye a que las acciones realizadas dentro de los marcos establecidos y los espacios privilegiados de la política sean una re-elección o una modificación consciente del orden educativo. Pero, por otro lado, también deja lugar a que lo político surja como algo ajeno al locus definido para la democracia en el sistema educativo o en la escuela, que surja como iniciativa de los propios participantes de la educación y que sirva como fuerza instituyente del orden educativo.

Descriptores: Democratización; Democratización de la educación; Democratización de la cultura; Formación política; Educación ciudadana.

Considering the distinction established by contemporary political science between politics and the political, this paper raises the implications of recognizing the political in the democratization of education. According to this distinction, politics involves actions and institutions that serve to maintain the established order whereas the political is the always original, conflictive and contingent moment of human relations. It is argued that, for the democratization of education, recognizing the political contributes to the conscious re-election or modification of the educational order within the actions carried out in the established frameworks and privileged spaces of politics. But it also leaves space for the political to emerge as something different to the locus defined for democracy in the education system or in the school, something that emerges as an initiative of the education protagonists and serves as an instituting force of the educational order.

Keywords: Democratization; Democratization of education; Democratization of culture; Civic education; Political education.

Esta investigación ha sido desarrollada en el marco del Proyecto I+D+i de Excelencia titulado "La democracia en las escuelas como fundamento de una educación para la Justicia Social" (EDU2017-82688-P) financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

Introducción

Abogar por una democratización de la política de la educación, es decir, de los espacios de la educación reconocidos como tales y más o menos institucionalizados, es diferente que plantear el reconocimiento de lo político como algo ineludible y siempre vigente en la educación para pensar la democratización desde allí. El primer caso centra su atención en los espacios reconocidos como políticos, como las asambleas de clase o los consejos escolares, o en mecanismos/procedimientos como la participación o incluso asignaturas como educación cívica. Las acciones dirigidas a promover la democracia desde esta perspectiva son sumamente importantes, pero reconocer y dar espacio de expresión a lo político implica, además, preguntarse por el sentido último de estos espacios y reconocer que una democratización genuina de la

educación hará que estos espacios resulten limitados y sean desbordados por la acción de los protagonistas de la educación (Belavi y Murillo, 2016).

La diferencia entre lo político y la política

Carl Schmitt y Hannah Arendt introdujeron los elementos principales a partir de los cuales se configuraría la concepción posterior de *lo político*, sobre la que trabajaron autores como Claude Lefort, Cornelius Castoriadis, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Jacques Rancière o Slavojek. Resulta muy difícil definir el concepto con exactitud por varias razones. La primera y más evidente es que tiene su origen en dos teóricos de pensamiento muy disímil y luego fue retomado por diversos filósofos que dan sus propias definiciones y otorgan más peso a una u otra tradición. Pero, además, el concepto es difuso de por sí, pues apela a algo que es indefinido, informe, indeterminado y, muchas veces, imprevisible. Por último, la política y lo político no existen como espacios o lógicas independientes entre sí, sino que se interrelacionan permanentemente, se compenetran a pesar de que lo último siempre excede y desborda a la primera (Arditi, 1995). Aún con estas dificultades, la literatura ofrece trabajos valiosos que ayudan a comprender y delimitar mejor la diferenciación entre la política y lo político (Arditi, 1995; Barros, 2003; Ortiz-Leroux, 2006; Retamozo, 2009; Stavrakakis, 2007).

A grandes rasgos, suele asociarse la política con el conjunto de instituciones y prácticas que regulan el modo de existencia y sirven al mantenimiento del orden establecido. Pueden ser más o menos formales, pero mantienen una relación estrecha con orden tal como está configurado. Sus normas y procedimientos delimitan un espacio dentro del cual las actividades llevadas a cabo suelen ser etiquetadas como “políticas”. En términos formales, puede pensarse en el sistema institucional de gobierno, o en el sistema educativo tal como está establecido por la normativa vigente, pero también opera a partir de mecanismos no formales, como costumbres o hábitos institucionalizados que sirven y sostienen el orden establecido. La política sería entonces el momento de la administración y gestión del orden social (Retamozo, 2009). Los marcos institucionales a través de los cuales opera delimitan un “espacio público”, un perímetro dentro del cual las acciones llevadas a cabo –según condiciones definidas y reguladas– son catalogadas como políticas. Por supuesto que estos mecanismos de reproducción no son estáticos, los mismos marcos institucionales que los establecen permiten un rango de diferentes configuraciones, pero siempre se mueven dentro de lo instituido (formal o informalmente).

Lo político, en cambio, refiere al momento vivo de las interrelaciones, aquel en que se da inicio a los modos de convivencia. Es el momento vinculado al origen del orden social, la fuerza instituyente del orden (Retamozo, 2009). No está limitado a ningún espacio en particular, no está definido por marcos regulatorios, no puede ser definido en referencia a un objetivo específico ni a actores particulares. Puede surgir dentro del campo de la política, pero no está limitado a este espacio. También opera dentro de un espacio público, pero éste es móvil y ubicuo ya que es creado por este mismo “movimiento vivo” (Arditi, 1995, p. 343) y se desarrolla independientemente de si permanece dentro del terreno institucional de la política o si lo rebasa, pues no necesita de apoyo institucional. Aún más: lo político, por definición, no puede institucionalizarse, es la fuerza generadora del orden social (Retamozo, 2009). Puede entenderse como un momento instituyente, una fuerza originaria, algo propio (y constitutivo) de las relaciones humanas.

Lo político tiene carácter conflictivo, contingente y originario (Barros, 2003; Retamozo, 2009), pues admite que es imposible arribar a una plenitud en el orden social (Ortiz-Leroux, 2006). La indeterminación es la esencia del orden social, pues no responde a ninguna relación de necesidad,

no tiene fundamento último y todos los sentidos que reclama pueden ser disputados. De modo que, no importa cuánto se intente normativizar el orden, lo político surge como algo nuevo y diferente, dejando de manifiesto que las instituciones son siempre limitadas y provisionales. De esta manera, lo político abre el terreno al cuestionamiento y a la construcción colectiva.

Reconocer lo político en la educación

Reconocer lo político en la educación ayuda a dar un sentido profundo a la democratización. En primer lugar, implica identificar los espacios privilegiados desde los que suele plantearse la democratización y que podemos reconocer como *la política*, pues ya están más o menos definidos y delimitados por los marcos establecidos. Así, a la hora de pensar la democracia en la escuela, por ejemplo, suelen privilegiarse acciones dentro de espacios como las asambleas de clase o los consejos escolares, mecanismos/procedimientos como la participación o incluso asignaturas como la educación cívica. Abogar por el reconocimiento de *lo político* no implica desestimar estos esfuerzos, pero atenúa el riesgo de mecanizar acciones que se consideran democráticas pero que constituyen, en realidad, hábitos repetitivos o legitimadores que sirven al mantenimiento del orden escolar y en el que los protagonistas no toman conciencia de la elección y la confirmación del status quo que significan (Sinclair, 2004). Por el contrario, reconocer lo político en el marco de las configuraciones establecidas ayuda a dar intención a las acciones desarrolladas en nombre de la democracia, pues, al reconocer la contingencia del propio sistema, cada iniciativa dentro de este marco es una re-elección consciente del orden o una apuesta por su modificación.

A su vez, dentro del marco institucional establecido, la acción se acercará más a la democracia planteada desde *lo político* cuanto más se acerque al origen de este marco, cuanto más al descubierto deje su propia contingencia de modo que los protagonistas se den cuenta de que son ellos quienes están *haciendo* la educación. A esto refiere Suissa (2015) cuando sostiene que la educación del carácter, que constituye una de las formas de educación cívica contemporánea, a menudo evita un compromiso genuino *lo político* “en todo menos en su sentido más superficial” –traducción propia– y defiende la necesidad de una concepción más robusta y radical de lo político como base de una educación política.

Pero, como hemos visto, lo político siempre va más allá del marco establecido, pues admite que siempre serán limitados los esfuerzos de democratización llevados a cabo dentro del sistema instituido. De modo que es importante reclamar lo político como disposición a nuevas configuraciones de la educación. Es muy difícil predecir en términos concretos cómo *lo político* podrá rebasar el sistema educativo o la institución escolar y aparecer como algo diferente, pero aun así es importante generar apertura para que surja aun cuando no sepamos qué forma adoptará (Szkudlarek, 2013). Después de todo, el sentimiento de posibilidad y cambio que el reconocimiento de *lo político* infunde a la educación es más importante que la forma concreta que asuma en un momento determinado. Así como la democracia nunca podrá ser realizada como un orden definitivo, dado que la indeterminación y la apertura le son esenciales, lo mismo ocurre con la educación (Biesta, 2011); la apertura a nuevas configuraciones en la convivencia es la condición de posibilidad de la educación democrática. Lo político ayuda a pensar la educación democrática como un proyecto “(im)posible” que debe permanecer siempre como promesa y abierto a esos momentos indecibles en los que puede surgir la democracia (Friedrich, Jaastad y Popkewitz, 2010). Exponer la contingencia y la apertura de la educación implica una gran responsabilidad y un gran compromiso, de modo que reconocer lo político es una forma de asumir la responsabilidad por nuestros actos en las escuelas y en nuestro mundo. Tal vez de esta manera la educación puede representar nuestra capacidad de autorreflexión y cambio consciente (Straume, 2014, 2016).

Conclusiones

Incorporar lo político en la democratización de la educación ayuda a ser conscientes del orden educativo que está siendo recreado en la vida cotidiana en las escuelas y ayuda a dar un sentido profundo a las actividades llevadas a cabo en nombre de la democracia. También implica reconocer los límites del sistema educativo y generar una apertura a la creación de nuevas configuraciones del orden por los protagonistas de la educación. Incorporar lo político en la educación no llama a derrocar el orden educativo establecido, pero sí a humanizarlo. Revela que no hay relación de necesidad en su configuración, sino que es producto de la decisión y acción cotidiana de las personas que lo integran y le dan vida. Revela que la configuración institucional es una acción cotidiana que puede ser disendida y que puede cambiar para hacer una educación a la medida de sus protagonistas.

Referencias

- Arditi, B. (1995). Rastreado lo político. *Revista de Estudios Políticos*, 87, 333-351.
- Barros, S. (2003). Dos conceptos de lo político y una política. *Portal: Producciones en Estudios Sociales*, 2, 13-30.
- Belavi, G. y Murillo, F. J. (2016). Educación, democracia y justicia social. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 5(1), 13-34.
- Biesta, G. (2011). *Learning democracy in school and society: Education, lifelong learning and the politics of citizenship*. Rotterdam: Sense Publishers.
- Friedrich, D., Jaastad, B. y Popkewitz, T. (2010). Democratic education: An (im)possibility that yet remains to come. *Educational Philosophy and Theory*, 42(6), 571-587.
- Ortiz-Leroux, S. (2006). La interrogación de lo político: Claude Lefort y el dispositivo simbólico de la democracia. *Andamios*, 2(4), 79-117.
- Retamozo, M. (2009). Lo político y la política: Los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, 51(206), 69-91.
- Sinclair, R. (2004). Participation in practice: Making it meaningful, effective and sustainable. *Children and Society*, 18(2), 106-118.
- Stavarakakis, Y. (2007). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- Straume, I. (2014). Education in a crumbling democracy. *Ethics and Education*, 9(2), 187-200.
- Straume, I. (2016). Democracy, education and the need for politics. *Studies in Philosophy and Education*, 35(1), 29-45.
- Suissa, J. (2015). Character education and the disappearance of the political. *Ethics and Education*, 10(1), 105-117.
- Szkudlarek, T. (Ed). (2013). *Education and the political*. Rotterdam: Sense Publishers.